

Ricardo
Miranda
Tarrillo

Los
Perros
del
Cocotal

Cuentos para pasar el rato

Ricardo Miranda Tarrillo

LOS PERROS DEL COCOTAL

Cuentos para pasar el rato



Laval / 2009 / Canadá

Ricardo Miranda Tarrillo

LOS PERROS DEL COCOTAL

Cuentos para pasar el rato

Diseño de portada

Gilberto Miranda Pareja

Rosanne Leblanc

ISBN 978-0-9813153-6-2

Depósito legal - Bibliothèque nationale du Canada, 2009

Derechos exclusivos de la edición electrónica en castellano reservados para todo el mundo:

© 2009, Ediciones MUZA Inc. Canadá
www.tulibreriavirtual.net

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la carátula, puede ser transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Tampoco podrá ser reproducida o almacenada con fines comerciales.

*A mi abuela Natalia
a mi madre Celia
a mi esposa Vilma
a mi hija Patricia*

DIGO

Se trata de simples relatos para pasar el rato. Son menudas historias que parecen de la vida real, pero que en verdad, no tienen nada que ver con las personas, los lugares ni los motivos probables que aquí se mencionan. Por allí, alguno.

Son retazos de antigua memoria, hilvanados a la buena de Dios, desordenadamente, según baja el torrente de los recuerdos que traigo desde la infancia. Cuentos escuchados a hurtadillas, a mi abuela Natalia, a mi madre Celia, a mis tíos y otros familiares y amigos de casa, cuando después de la merienda, contaban con la facilidad de los cuenteros provincianos, sobre cosas que habían escuchado por allí, otros que aderezaban según la atención del auditorio. Son ejercicios ligeros de memoria y de imaginación, en cada uno de los cuales los lugares son ilusorios y los personajes ilusos, y los motivos tan ingenuos e inasibles que todavía no sé como los he juntado ni cómo están aquí.

La vida es un cuento de principio a fin. Es el caldero donde hierven esperanzas y desencantos, lealtades y cobardías, amores y traiciones, la pasión del hombre y el misterio de Dios, es el criollo alambique del que destilan los espesos caldos de la biografía. Como cuentos y como vida deben tener, necesariamente, una pincelada de buen

humor y un desenlace que no por insólito e inesperado, deja de ser válido. Porque allí está la sustancia del cuento. Todos los demás que se le parecen, son cuentos geniales: la historia, la mitología, la tradición, la novela, las promesas de los candidatos, el beso furtivo, la caricia indecente, el acto heroico, la sensata cobardía, el abuso del uniforme, la promesa nupcial, el aumento de sueldo, la democracia, la libertad...

Por eso, porque la vida es un cuento, el cuento es el género perfecto donde caben sin estrechez la ficción personal y la realidad colectiva. Género maestro de los apóstoles y de los generales sin caballo al borde de la inmortalidad, resplandece en el olimpo de los griegos, vibra en la imaginación alcohólica de Poe, se diluye en la blandura especiosa de Maupassant, discurre serenamente por el Kilimanjaro de Hemingway, divierte en los razonables delirios de Juan José Arreola, deslumbra en cada una de las ficciones literarias de Borges, y asusta cuando García Márquez se pone las botas y hoya la inquietud de los sepulcros de sus coroneles.

Por eso cuento, en la medida de mis posibilidades, respondiendo a un imperativo de conciencia personal que me abruma. Cuento porque caben todas las mentiras dentro de la engañosa realidad del cuento, lo *real maravilloso* que decía Carpentier. Tanto así que aún escucho la sentencia materna al cabo de alguna travesura de la imaginación:

- No me cuentes cuentos... Dime la verdad...

Ricardo Miranda Tarrillo

LOS PERROS DEL COCOTAL

Mención Honrosa en el Concurso
El Cuento de las Mil Palabras
Revista Caretas de Lima - Perú.

Aquella noche los perros lloraron en el cocotal desde la tarde hasta que se encendieron las hogueras del amanecer, allá, tras los cerros de Morropón. Los pichos gemían como criaturas asustadas por el cura sin cabeza. El lamento de los chuscos era doliente. Estos dolores penetraban por la puerta abierta del corral hasta el cuarto de quincha y adobe donde se velaba el cadáver del José Rosario Chancafé.

Estaba tendido sobre una mesa de sauce y le cubría de los tobillos a la cabeza, un mantel blanco con frutas de colores encendidos, bordados en cada esquina por Chinanga Llontop, su mujer. En el Bajo Chira era admirado el buen gusto de sus bordados, delicadas trenzas de hilos brillantes en punto cruz sobre la tepa, recreando piñas y uvas y sandías imposibles, jarrones floridos y ese enorme y ambigüo pavo real en tocuyo, colgado de la quincha a los pies del difunto.

La Chinanga era una chola buenamoza, de caderas impetuosas y ojos claros, rasgados y mentirosos. Decían que era hija de un gringo que vino a trazar las compuertas del Chira. Su pelo muy negro y muy lacio, caía sobre sus pechos volcánicos en trenzas brillantes como la piel del colambo. Las finas líneas de su rostro llamaban la atención. Por eso, quien la veía por primera vez quedaba fascinado y sentía la necesidad de seguir mirándola. Pero era mejor desistir de tal empeño porque el José Rosario era celoso hasta la médula, capaz de cualquier cosa.

Chinanga también. Pero eso no lo había sabido el muerto.

Las sombras de las plañideras temblaban al soplo de los pálidos

destellos de las llamitas de los candiles, creando un grotesco espectáculo de figuras chinescas. En la penumbra del rincón, los compadres y amigos del José Rosario, a cada sorbo de chicha acompañaban una buena razón intentando explicar la mala suerte del difunto, su muerte súbita, inexplicable, extraña, insospechada, después del almuerzo.

- *A mi que al José Rosario lo agarró el apropético...*

- *Adió, más bien se le rompió la tripa por seguir a la Peta...*

- *Se me hace que la Chinanga se enteró y...*

En el otro extremo de la sala, acurrucadas como chiscas fúnebres, las mujeres de capuz y mantos negros, murmuraban como hace el agua cristalina de la acequia cuando discurre entre el gramalote:

- *Ya lo decía yo: Diosito es bueno pero cuando pega, da con palo, Ave María Purísima...*

- *¿Le vieron los cachetes al difunto? Es la hinchazón de la avía, Diosito me perdone...*

- *¿Quién le tendría ganas al José Rosario por estos lados, cómo pa'darle avía?*

Los perros ladraron infatigables en el cocotal, donde el José Rosario los hacía merendar a media mañana hartos camotes sancochados y retazos de cecina. Después seguían a su caballo hasta la toma. Allí José Rosario cruzaba la acequia hacia la chacra donde sembraba frutales y panllevar. Dicen que era para cubrir las apariencias porque apenas cruzaba el mangel tiraba la rienda del overo y rumbeara hacia la casa de la Peta.

Eso lo sabían todos, menos la Chinanga. De haberlo sabido, guá. La Peta, es decir, Petronila Cuzquen no era mejor hembra que la Chinanga. Pero sus jugosos dieciocho años bastaban y sobraban para embriagar al difunto con sus licores voluptuosos. Dentro de la casita de caña y barro, el José Rosario ardió cada día en el fuego glorioso atizado por la insaciable campesina. Así pasaban las mañanas hasta el medio día. Después, en la tarde, otra vez.

Entrada la noche del velorio, sucesivas ráfagas de viento helado se colaron por las rendijas de la quincha, era un frío de muerte, tiritaron las veladoras.

- *Es el alma de mi compadre que se está yendo* - dijo Benigno Yampufe frotando sus manos en busca de calor.

- *Esto se merece un cañazo, como hubiera querido el José Rosario* - sugirió Eleuterio Chanamé a la Chinanga.

- *Ahoritita compadre, ahorita* - asintió la viuda con extraño entusiasmo, dadas las circunstancias - *Ahoritita compadre...*

Al ratito reapareció la Chinanga con una botella nuevecita, llena hasta el pico de purito yonque de Chota. Chanamé sacó el corcho con un tenedor, acercó la nariz al pico, aspiró profundamente en actitud de catador experto. Los compadres hicieron lo mismo y aprobaron el talarante aroma de la fogosa bebida. Iniciaron la ronda con un vaso de carretero, al seco.

- *Parece que lo han destilado los angelitos, Chinanga* - comentó Yampufé.

- *Así le gustaba a mi José Rosario* - comentó la viuda, suspirando tan hondo como pudo.

Los compadres disimularon una sonrisa pensando: *es lo mismo que dice la Peta.*

- *Cada semana recibía un galón que le mandaban sus taitas desde Chota, pero casi no tomaba. El me decía que era para atender a sus amigos. Sírvanse nomás...*

Hacia el amanecer el llanto de los perros agonizaba en los cocotales. Los peones en rumbo a la tarea, con sus palanas al hombro, hacían un alto ante la casa del José Rosario y se santiguaban.

- *Pobrecito el cholo...¿de qué habrá muerto?*

En verdad, nadie sabía que decir al respecto. Los compadres iban por la cuarta botella. Los efectos del yonque eran visibles en el rostro hinchado de los trasnochadores. Hablaban entreveradamente, con dificultad, como si de pronto la lengua les hubiera crecido hasta atosigarles el gañote. Alentado por los vapores de la bebida, Benigno Yampufé no pudo contener por más tiempo su afán de chismear a la Chinanga, lo que se decía sobre la muerte del José Rosario. Llegó hasta la viuda, hierática a los pies del muerto, a confiarle el gran secreto:

- Comadrita, antes que se lleven a mi compadre tengo la obligación de decirle algo...

Para conocer el resto del cuento y otros similares puedes adquirir el libro oprimiendo el botón "Comprar ahora". El manejo de tu pago lo hace PayPal de manera confidencial y segura. Paypal maneja mas de 150 millones de cuentas en el mundo.

**Y además las ventajas del libro electrónico:
TAN CÓMODO COMO UN LIBRO DE PAPEL, A MÁS
BAJO PRECIO, A SALVO DE INCENDIOS,
INUNDACIONES O POLILLAS.**

Cuando adquieres un libro electrónico, puedes elegir los modos de lectura que te parezcan más cómodos:

Ajusta el formato del libro al tamaño de tu pantalla gracias a los botones de aplicación del PDF. No tienes por qué estar pinchando las teclas Page Down o ENTER por cada línea o párrafo que leas. Puedes hacer aparecer una página completa en la pantalla y disfrutar de una cómoda lectura sin tener que utilizar demasiado tus manos ni forzar los ojos.

Imprime el texto completo o por partes según tu ritmo de lectura. Si no deseas quedarte varias horas frente a una pantalla, puedes imprimir el libro electrónico para tu uso personal. Es completamente legal

Puedes crear copias de seguridad que te permitan conservar el texto en tu PC, en un CD, una memoria USB o en tu propia cuenta de correo electrónico.

...

Acerca de :

Ricardo Miranda Tarrillo

- 1929 - Nació en la ciudad de Chiclayo (Perú – Departamento de Lambayeque) el 6 de Octubre de 1929.
- 1953 - Redactor deportivo de La Prensa.
- 1955 - Abogado graduado en la Universidad de San Marcos.
- 1959 - Editor del Dominical *7 Días* de La Prensa.
- 1968 - Delegado titular del Juan Aurich de Chiclayo ante la Asociación de Fútbol Profesional.
- 1969 - Director del Dominical *Suceso* del diario Correo.
- 1970 - Jefe de Redacción y Sub Director del diario Correo.
- 1972 - Renunció a los cargos cuando el diario fue intervenido por el Gobierno Militar de Velasco Alvarado.
- 1972 - Vice Presidente de la Federación Peruana de Fútbol.
- 1974 - Director del Dominical *Semana* de Ultima Hora.
Editor General y Sub Director de las revistas *Equis y Gente*.
Fundador y Director de las revistas deportivas. *Otro Gol*, *Balón*, *Flash Deportivo* y *Estadio*.
- 1978 - Gerente del Club Sporting Cristal.
- 1981 - Presidente del Círculo de Periodistas Deportivos.
- 1982 - Presidente de la Comisión Organizadora del Colegio de Periodistas del Perú.
- 1987 - Director de *La Crónica* y *La Tercera*.
- 1996 - Presidente de la Casa de la Cultura del Perú en Montreal.
- 1966 - Editor General del periódico en español *La Voz* desde 1996.
- Es autor de las novelas *El Cuervo Tiene los Ojos Azules* y *Eva en la Cueva*, del libro de cuentos *Los Perros del Cocotal*, del ensayo *Música Popular del Perú*, de los poemarios *Diario de Soledades* y *Palmas y Laureles*, y de Fútbol: *Mil Años de Historia*, *La Copa Mundial* y *Area Chica Vol. 1, 2, 3, 4, 5 y 6*.

Se trata de simples relatos para pasar el rato.
Son breves historias que parecen de la vida real pero no
tienen nada que ver con las personas, los lugares ni los motivos
probables que aquí se mencionan.
Por allí, alguno. Son retazos de antigua memoria,
hilvanados a la buena de Dios, desordenadamente, según baja el
torrentes de recuerdos que vienen desde la infancia.
La vida es un cuento de principio a fin.
Es el caldero donde hierven esperanzas y desencantos, lealtades y
cobardías, amores y traiciones, la pasión del hombre
y el misterio de Dios, es el criollo alambique
del que destilan los espesos caldos de la historia.
Como cuentos y como vida tienen, necesariamente,
una pincelada de buen humor y un desenlace
que no por insólito e inesperado, deja de ser válido.
Porque allí está la sustancia del cuento.
Todos los demás que se le parecen, son cuentos geniales:
la historia, la mitología, la tradición, la novela,
las promesas de los candidatos,
el beso furtivo, la caricia indecente, el acto heroico, la sensata
cobardía, el abuso del uniforme,
la promesa nupcial, el aumento de sueldo,
la democracia, la libertad...

Ricardo
Miranda
Tarrillo



Laval 2009 Canadá